



Editorial  
Trascendernoa

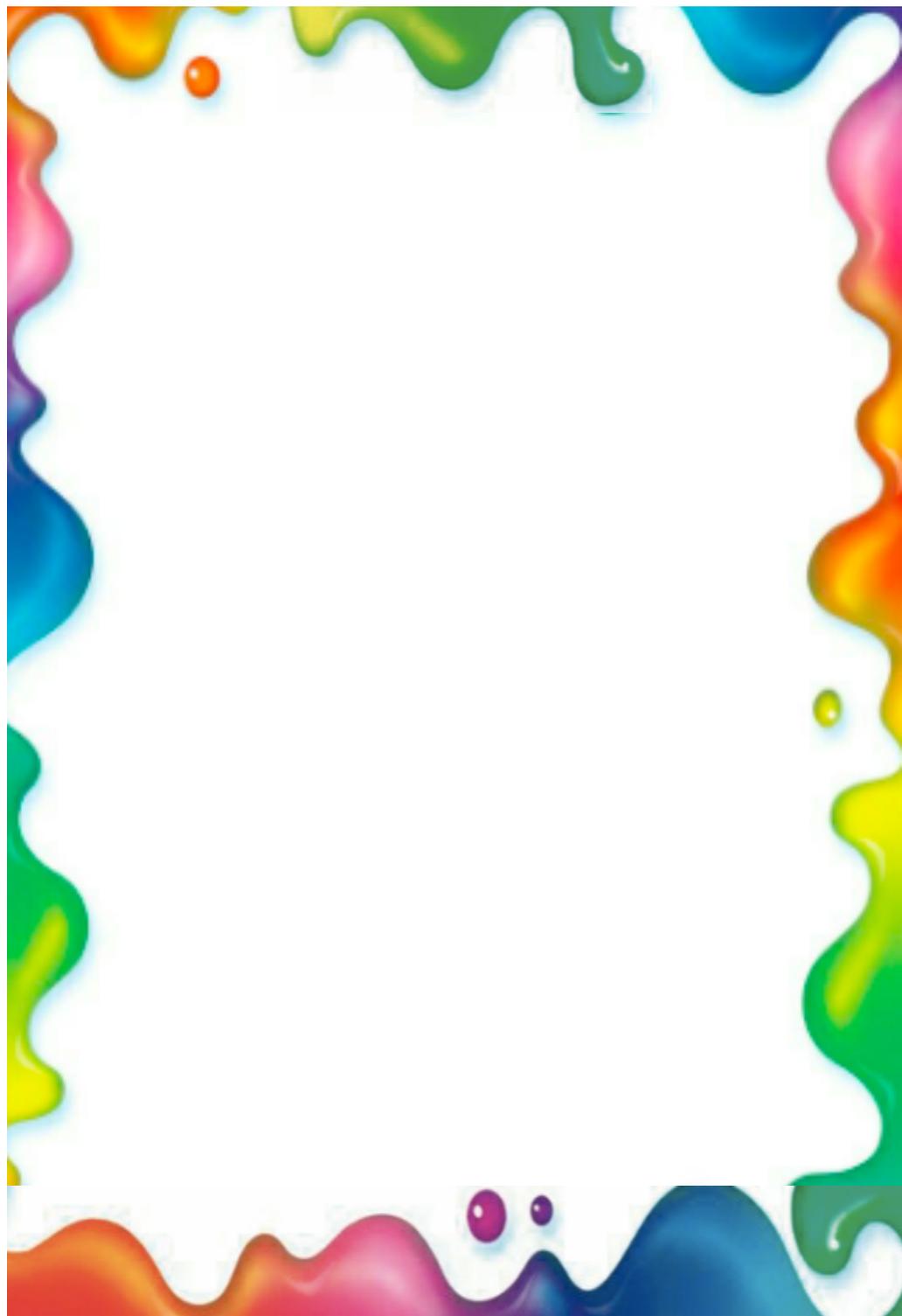


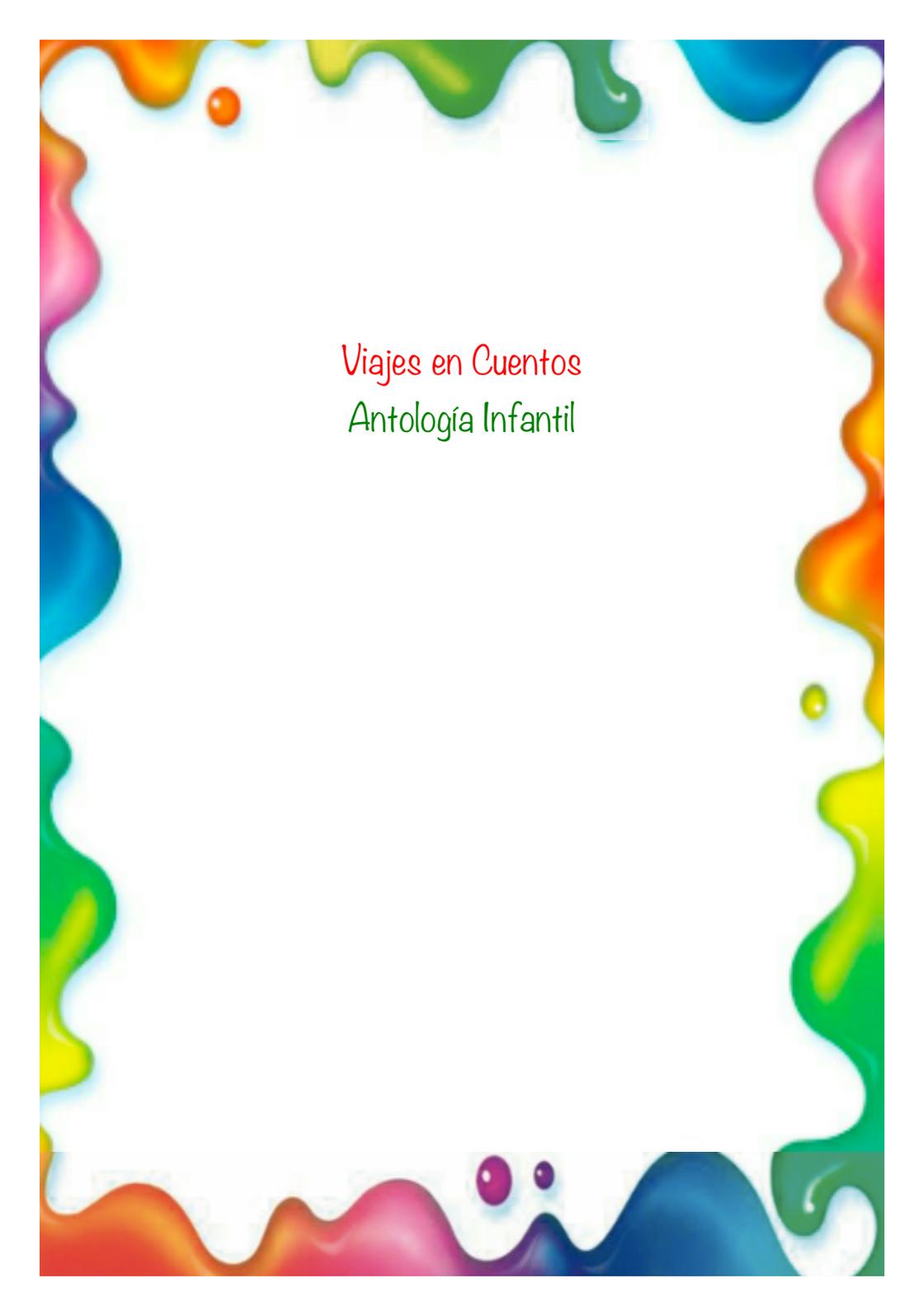
# Viajes en Cuentos

Antología Infantil



2025





Viajes en Cuentos  
Antología Infantil

## Viajes en Cuentos

Viajes en cuentos: antología Infantil 2025 / Alejandra Burzac Sáenz ... [et al.] ;

Comentarios de Honoria Zelaya de Nader; Compilación de Alejandra Burzac Sáenz; Honoria Zelaya de Nader; Prólogo de Honoria Zelaya de Nader. - 1a ed.

San Miguel de Tucumán: Trascendernoa, 2025.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-4981-53-0

1. Antología de Cuentos. 2. Cuentos contemporáneos. 3. Cuentos Infantiles. I. Burzac Sáenz, Alejandra II. Zelaya de Nader, Honoria, com. III. Burzac Sáenz, Alejandra, comp. IV. Zelaya de Nader, Honoria, comp. V. Zelaya de Nader, Honoria, prolog.

CDD A860.9282

A decorative border with colorful, wavy, liquid-like shapes in shades of orange, yellow, green, blue, and pink, framing the central text.

# Viajes en Cuentos

## Antología Infantil

Compiladoras:

Dra. Honoria Zelaya de Nader

Prof. Dra. H. y C. Alejandra Burzac Saenz

Griselda Aguilar

Marx Bauzá

Alejandra Burzac Saenz

Elba Susana Juárez

Sergio Gabriel Lizárraga

Olga Martínez

Melina Moisé

Juan Carlos Mon

Leticia Mure

Teresa Oviedo Paliza

Jorge Perea

Miriam Persiani de Santamarina

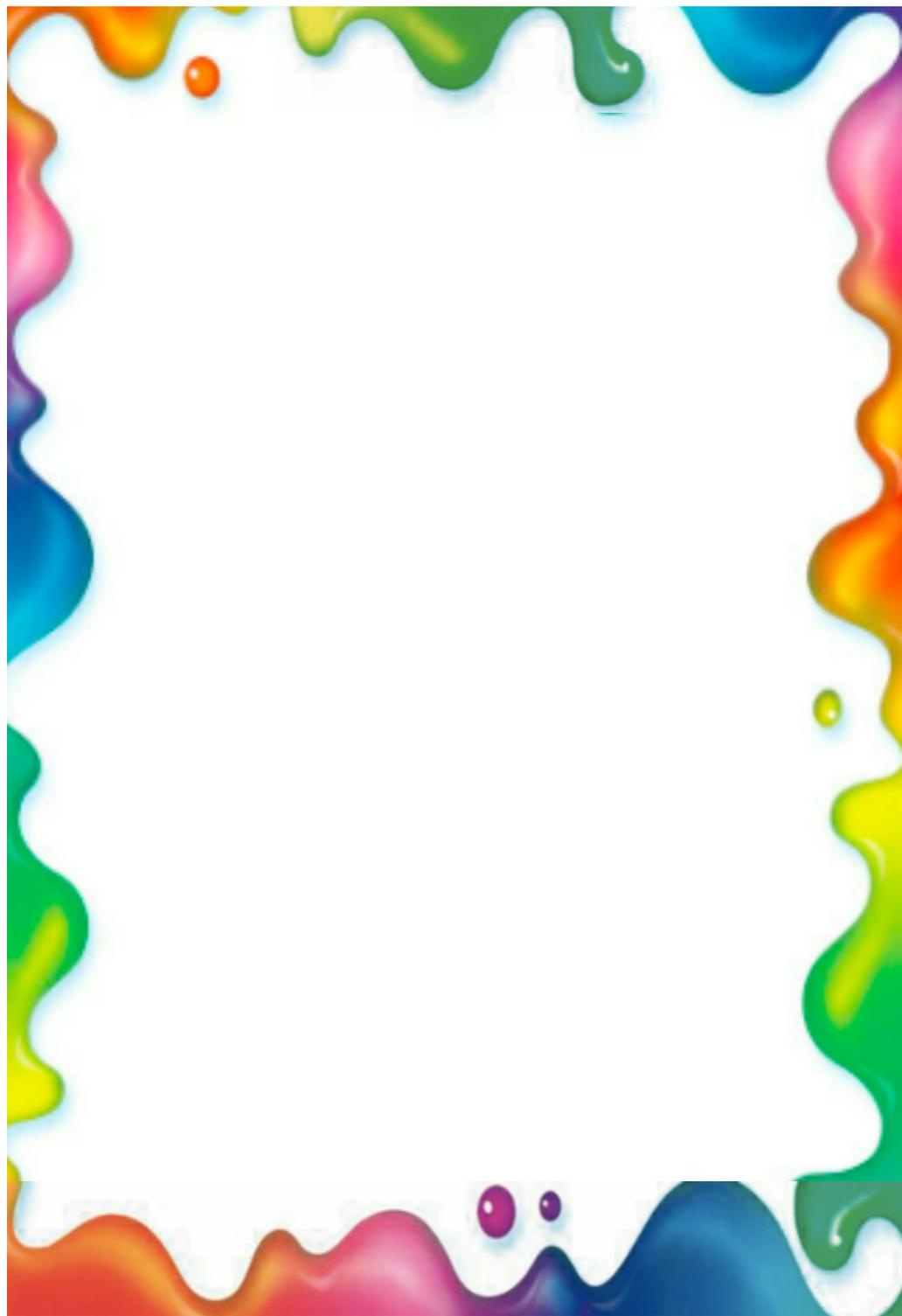
Mari Betti Pereyra de Facchini

Estela Porta

Alejandro Rivas

Honoria Zelaya de Nader

Antología Infantil



## PREFACIO

---

Honoraria Zelaya de Nader

La literatura infantil juvenil, está estrechamente ligada a una concepción de la vida y del hombre por estar inscrita en los primeros eslabones de la historia humana, ha sido de continuo soslayada por los editores y la crítica pese a que la misma señala perfiles socio culturales de grupos que indudablemente a su tiempo, reeditarán los discursos aprendidos en la infancia.

No es ningún secreto, que según los basamentos antropológicos sobre los cuales un pueblo amasa los sueños primeros se van edificando sus arquetipos. Borges es un muy buen ejemplo. Sus obras están marcadas no

sólo por sus antepasados sino también por sus lecturas primeras,

La historia de un hombre o de un pueblo, sus acciones, en suma la vida toda está teñida por discursos ficcionales. En consecuencia estimamos necesario atender a las creaciones literarias de cada sociedad, especialmente las dedicadas a los niños a fin de transmitirla, objetivo central de esta obra.

Nuestros lectores encontrarán en estas páginas, composiciones de prestigiosos escritores de nuestra región que abrazan el mundo de la infancia.

## EL COLIBRÍ

---

Griselda Aguilar

De niña siempre hice realidad mis sueños siguiendo los pasos de un secreto que me enseñó mi madrina y hoy te lo quiero revelar. Se consigue a través de un ser mágico que existe en medio nuestro un ave diminuta, casi invisible llamado colibrí, siempre me resultaba curioso saber donde vive y me preguntaba ¿Como será su nido? Lo imagino de colores vibrantes, lleno de plumitas que dan vida al que fuera su casa y cobijo de sus polluelos, esa casita es construida día a día con una gran variedad de ramitas cargadas de historias como la de algunos arboles ancianos o traídas por el oleaje del lago, todas ellas le dan forma

a su hogar. Lo miro es tan inquieto y escurridizo, forma parte de todos los jardines, de los míos y de los tuyos también, lo veo estampado en murales, cuadros y pinturas, lo veo plasmado en el lienzo de la piel como tatuajes dando sentido a historias personales o queriendo decir mucho de lo que pasa dentro de uno mismo.

El secreto del que te he hablado es que aunque te cueste creer los sueños se hacen realidad uno a uno atrapando un colibrí con tus propias manos, en ese momento único el universo crea una burbuja cristalina donde se encuentran tú y él convirtiéndose así en mágico ese instante que vives, ese deseo no lo debes poner en tu boca solo en tu mente y en tu corazón.

En una mañana de otoño salí al jardín dispuesta a encontrarlo, estaba sentada en el pasto ansiosa pero silenciosa cuando mis ojos lo vieron llegar, luciendo su plumaje deslumbrante me detuve a admirarlo hasta que me decidí, ¡voy a atraparlo! Fue todo una aventura pero lo conseguí y cuando lo tuve en

mis manos el decidió mirarme fijo, se produjo el momento esperado y mientras yo me transformaba mis alas comenzaron a moverse haciéndose mi sueño realidad, después de esperar tanto tiempo ya soy parte de su mundo. Aquel día me eché a volar buscando a niños que me quieran encontrar.

A ti que escuchas estas palabras o lees estos renglones te invito a ser parte de una aventura que comienza en este momento. Para de leer y levanta tus manos, ahora el colibrí sobrevuela tu espacio, allí donde estas

¿Lo ves?, ¿Escuchas el susurro que se produce por el aleteo de sus alas? Porque al aparecer ante tus ojos su presencia te da profunda alegría, te hace parpadear y latir rápido el corazón

Puedes hacerlo cierra tus manos, acabas de atraparlo, ¡no aprietes demasiado!.

Su cuerpecito tiembla presentando lucha para poder escapar pero es el calor de tus manos lo que le brinda un poco de seguridad, en esa conexión que ahora tienen pídele un deseo porque los colibríes son seres especiales

## Viajes en Cuentos

que escuchan lo que les decimos, son mensajeros que llevan y traen sueños y mensajes del más allá.

Respira hondo, tu sueño se hizo realidad, haz un impulso con tus manos y déjalo volar, ahora el colibrí es libre. Guarda como un tesoro lo que le pediste porque es tuyo y si te adentras como yo en un cuento todo lo vas a lograr.

## SAMUEL, EL CONEJO BLANCO

Marx Bauzá

Iñaki pasaba los domingos en la casa de su abuelo Pepe, un hombre de pocas palabras pero con una sonrisa cálida que siempre lo hacía sentir bienvenido. La casa era un mundo diferente al de su papá, Jonás, quien desde la separación con su mamá estaba siempre ocupado y algo distraído. En cambio, en el terreno del abuelo había árboles que parecían susurrar secretos y un gallinero donde las gallinas correteaban felices.

Una tarde, mientras jugaba a las escondidas entre los corrales, Iñaki descubrió algo especial: un conejo blanco. Tenía los ojos brillantes como dos botones de rubí y las

orejas largas que parecían escuchar hasta los latidos del viento. Fascinado, corrió a preguntarle a su abuelo: Abu, ¿cómo se llama el conejito? Samuel, respondió Pepe; con una sonrisa medida.

Desde entonces, Iñaki quiso ir cada vez más seguido a la casa del abuelo. Jonás pensaba que era porque se estaba encariñando con Pepe, pero en realidad era Samuel quien ocupaba todos sus pensamientos.

Un domingo, después de una mañana de juegos, Pepe anunció que el almuerzo estaba listo. Hoy tenemos estofado, Iñaki. Espero que te guste. Iñaki asintió. El estofado estaba delicioso, y el abuelo parecía especialmente contento mientras comían.

Después de almorzar, como siempre, Iñaki corrió al gallinero para jugar con Samuel. Pero el conejo no aparecía por ninguna parte. Buscó entre los rincones, levantó maderas e incluso lo llamó por su nombre, pero el conejo había desaparecido. Esa noche lloró en silencio, abrazando una pequeña almohada en su cama.

Los años pasaron, y aunque Iñaki siguió visitando a su abuelo, el recuerdo de Samuel quedó como un misterio sin resolver. Hasta que, una Pascua, durante el almuerzo familiar, su tío Ezequiel dejó escapar algo entre risas: — ¿Se acuerdan del conejo blanco? ¡El famoso Samuel! Todavía me río del llanto de Iñaki el día que lo comimos en aquel estofado.

Un silencio helado cayó sobre la mesa. Iñaki sintió cómo el estómago se le encogía y una ráfaga de recuerdos volvía a su mente. Se levantó de la mesa sin decir nada, salió al jardín y se sentó bajo el viejo árbol que siempre lo había visto jugar.

Esa tarde, mientras el viento acariciaba las hojas, Iñaki sintió que algo invisible lo observaba. Tal vez era el espíritu de Samuel, o quizás solo su imaginación, pero en ese momento decidió algo: nunca más comería estofado.

## EL TROMPO DEL TIEMPO

---

Alejandra Burzac Saenz

En una pequeña casita al pie del cerro, en una zona llamada Rinconada, en Yerba Buena vivía un pequeño llamado José. Tenía la piel morena, los ojos oscuros y vivaces, y le gustaba mucho leer cuentos de ciencia ficción.

Desde muy pequeño, cuando aún no sabía leer su mamá le leía cuentos de Edgar Alan Poe. Le había leído El escarabajo de Oro, El gato negro, El pozo y el péndulo, Los crímenes de la calle Morgue, El retrato oval, El corazón delator, La narración de Arthur Gordon Pym, El cuervo, y La carta robada, y antes de dormir. Y algunos más de una vez.

A la mayoría de los niños los padres le leían Los tres chanchitos, o Pinocho, o Pulgarcito.

El mundo de la imaginación había crecido en la cabeza soñadora de José. Cuando él miraba un pájaro, se imaginaba una nave de otra dimensión disfrazada. Cuando veía un perro, se le ocurría que era un habitante de Júpiter camuflado.

José y la realidad no tenían mucho que ver.

Sus padres empezaron a preocuparse.

Y después de pensar como podían resolverlo decidieron que a José no le leerían más cuentos de ciencia ficción. Que sólo le permitirían jugar.

Eso era un problema. Ya que todo lo que había en el cuarto de José eran libros. Juguetes... Juguetes... ninguno. Desde que José cumplió los 5 años que pedía libros de regalo. ¿De dónde sacarían juguetes para que se entretenga?

El padre se acordó que en el cuarto de trastos viejos estaban sus viejos juguetes,

dentro de un baúl de madera que había sido de su abuelo. Se fue a buscarlos para ver que encontraba.

Después de correr una silla a la que le faltaba una pata, y sacar una vieja bicicleta sin manubrios, y una cama destartada, encontró el viejo baúl. Lo abrió y empezó a inspeccionar lo que había.

Unos dados con un cubilete, los contó y eran sólo dos. ¡No servía para jugar a nada! Un arco, en buen estado, pero no tenía flechas. También lo dejó de lado. Un juego de damas, le faltaban tres fichas negras y cinco fichas blancas. ¡Tampoco servía! Y muchas otras cosas, todas incompletas. Estaba a punto de resignarse cuando encontró una vieja cajita que le había regalado su abuela cuando el cumplió siete años. Recordó como se la había entregado, y lo que le había contado al dársela:

—Querido nieto, este juguete estuvo en la familia desde mi tátara tátara abuelo, que se llamaba igual a ti: José. Dicen que lo hizo su tío, que era un mago en la época de Napoleón. Y a poco de hacerlo desapareció. Entonces

empezaron a decir que todo lo que era del tío Félix, era peligroso, y podía hacer que quien lo tocara desaparezca. Y nadie quería abrir el obsequio. José, mi tatará tatará abuelo jamás lo usó. Lo tenía en su habitación sobre un estante. Y fueron pasando los años y las generaciones. Pero nadie quería deshacerse de él ya que era lo último que había hecho el tío Félix antes de desaparecer.

Levantó la cajita, la sopló para sacar un poco de la tierra que lo cubría y le pasó un plumero, quedó como nuevo. Y superando el miedo que tuvieron sus antepasados y él mismo cuando niño, en la noche, cuando José se disponía a leer un cuento sus padres le dijeron:

—José, querido, queremos regalarte este juguete, lo hizo el tío de tu tatará tatará abuelo, y ha estado en la familia desde el tiempo de Napoleón.

Aunque a José le encantaba leer, aceptó con mucha curiosidad el obsequio. Le dio mucha alegría poder tener algo que haya hecho un antepasado tan lejano. Abrió la caja,

que era de madera sacó un hermoso trompo multicolores. Lo hizo girar con fuerza y el trompo se desplazó muy veloz de un lado al otro, giraba rápido, muy rápido, y comenzó a hacer humo, cada vez más espeso hasta que todo quedó como una nube de polvo, que de pronto empezó a desvanecerse como estrellas fugaces. Y allí lo vieron, al tío del Tátara Tátara abuelo de José, en persona, sentado en el piso del dormitorio agitado y confundido que dijo:

—Perdón, llevo ocho generaciones esperando que alguien de esta familia haga girar el trompo para volver. Soy Félix. Cuando hice este trompo, estaba probando un conjuro, y cómo temía que fallara le regalé a mi sobrino el trompo mágico, que yo mismo realicé con madera de acacia, y pinté con colores del arcoíris, para deshacer el hechizo en cuanto lo haga girar. Por lo visto no tuvo suficiente imaginación como para hacer girar el trompo. Por suerte tú sí. Y por eso tu futuro será grandioso. Todo lo que sueñes y pidas que beneficie a muchos y a ti, el universo te lo

otorgará. Te dejo el trompo. Con el podrás ir de un tiempo al otro cuando quieras, sólo tienes que decir:

Baratatú baratatá. Por aquí por allá, nada me gusta más que viajar. Voy de este tiempo para el de allá.

Y listo.

El trompo empezó a girar, la habitación se llenó nuevamente de humo estelar y el mago dijo en medio de un remolino de luz:

—José, asegúrate de ponerte el trompo en el bolsillo antes de terminar de decir las palabras. Hasta pronto.

Y desapareció de la misma forma en la que vino.

*Moraleja: La magia está en todo. Sólo tenemos que tener la valentía de buscarla.*

## EL BOSQUE DE LA CONEXIÓN

---

Elba Susana Juárez

En un mundo donde la tecnología había avanzado hasta el punto de que las personas podían comunicarse instantáneamente con cualquier parte del planeta, un grupo de niños decidió emprender un viaje para descubrir un lugar llamado “El bosque de la conexión”.

Se decía que, en este bosque, las personas podían conectar con la naturaleza y con los demás de una manera profunda y significativa. Sofía, Mateo, Lucía y Julián, estaban emocionados de explorar este lugar y descubrir sus secretos.

Después de un largo viaje, llegaron al bosque y se sumergieron en su belleza natural.

El aire estaba lleno de canto de los pájaros y el perfume de las flores. Los amigos se sintieron inmediatamente conectados con la naturaleza y comenzaron a explorar el bosque.

Mientras caminaban, se dieron cuenta de que el bosque estaba lleno de señales y símbolos que parecían estar allí para guiarlos. Un árbol con una rama que parecía una mano les indico que siguieran adelante. Un rio que fluía suavemente les mostro el camino a seguir.

De repente, se encontraron con un claro en el que había un gran árbol en el centro. El árbol parecía estar vivo y les hablo en una voz suave y sabia. “Bienvenidos, amigos”, dijo el árbol. “Este es el corazón del bosque de la conexión. Aquí, podrán conectar con la naturaleza y con todos los demás de una manera profunda y amorosa”.

Los chicos se sentaron alrededor del árbol y comenzaron a sentir cosas hermosas. De repente, se dieron cuenta que podían sentir las emociones y pensamientos entre ellos. Sofía se dio cuenta de que Mateo estaba preocupado

por su familia y le ofreció apoyo. Lucía se dio cuenta de que Julián estaba emocionado por un proyecto en el que estaba trabajando y lo animó a seguir adelante.

Mientras permanecían allí, alrededor del árbol, más conectados se sentían. Comenzaron a darse cuenta que todo estaba interconectado y que cada acción que hacían tenía un impacto en ellos. Se miraron unos a los otros y sintieron que la naturaleza los envolvía y los unía para vivir en armonía.

Después de pasar un momento en el claro, los amigos se levantaron y continuaron su viaje. Se sintieron renovados y conectados, sabiendo que habían descubierto algo importante. El bosque de la conexión les había enseñado que la conexión es la clave para vivir en armonía con la naturaleza y con los demás.

A medida que se alejaban del bosque, se dieron cuenta de que la conexión que habían experimentado en el bosque podía ser aplicada a su vida diaria.

Comenzaron a ver que cada acción tenía un impacto en los demás y que estar

conectados con la naturaleza era fundamental para vivir y llevar una vida armoniosa y sostenible en una sociedad.

La experiencia en el bosque de la conexión había cambiado a los amigos de manera profunda. El bosque les había dado una lección, que para que todo salga bien, hay que estar conectados y decidieron ponerlo en practica en su vida diaria.

A partir de ese día los chicos comenzaron a estar más conectados con sus compañeros en la escuela. Organizaron excursiones al bosque con grandes grupos de alumnos para que sientan lo que ellos sintieron con la naturaleza. Sus vidas se convirtieron en una aventura de descubrimiento y crecimiento.

## BAUTISTA

---

Sergio Lizárraga

Cuando su abuelo se subió al tren para irse muy lejos, a ese lugar a donde viajan los abuelos cuando ya están muy pero muy viejos, Bautista decidió dibujarse unos rieles en el corazón, una estación de trenes y un banco muy cómodo.

Cada vez que extraña a su abuelito, Bautista ingresa a su corazón, se sienta en el banco que dibujó, y espera a que llegue el tren que en un vagón trae a su abuelo y en los otros vagones, a los millones de abrazos que se dieron.

LUISANNA

Sergio Lizárraga

I

Todos los días, Luisanna subía al árbol, tan alto como podía, para leer su libro favorito. Pero Luisanna nunca tenía un único libro favorito, así que subía con muchos libros que iba dejando en las ramas para devorarlos luego, como si fueran frutos.

II

Subida en el árbol, Luisanna comía sus libros. Las hojas viajaban por todo su cuerpo, como si dentro de Luisanna hubiera cielos, ríos y mares. Las palabras que Luisanna

comía, se sentían tan felices dentro de ella, que se quedaban a vivir construyendo sus nidos, porque las palabras de los libros se creen a veces pájaros.

### III

Cientos de pájaros esperaban en las ramas del árbol cuando Luisanna leía. Como eran muchas, muchísimas las palabras que habían construido nidos dentro de ella, a Luisanna le salían plumas de la boca cuando leía en voz alta.

Por eso tantos pájaros la rodeaban, para pegarse alguna pluma al cuerpo y así poder volar más lejos, muy lejos en dirección al sol.

## BENECIO

---

Sergio Lizárraga

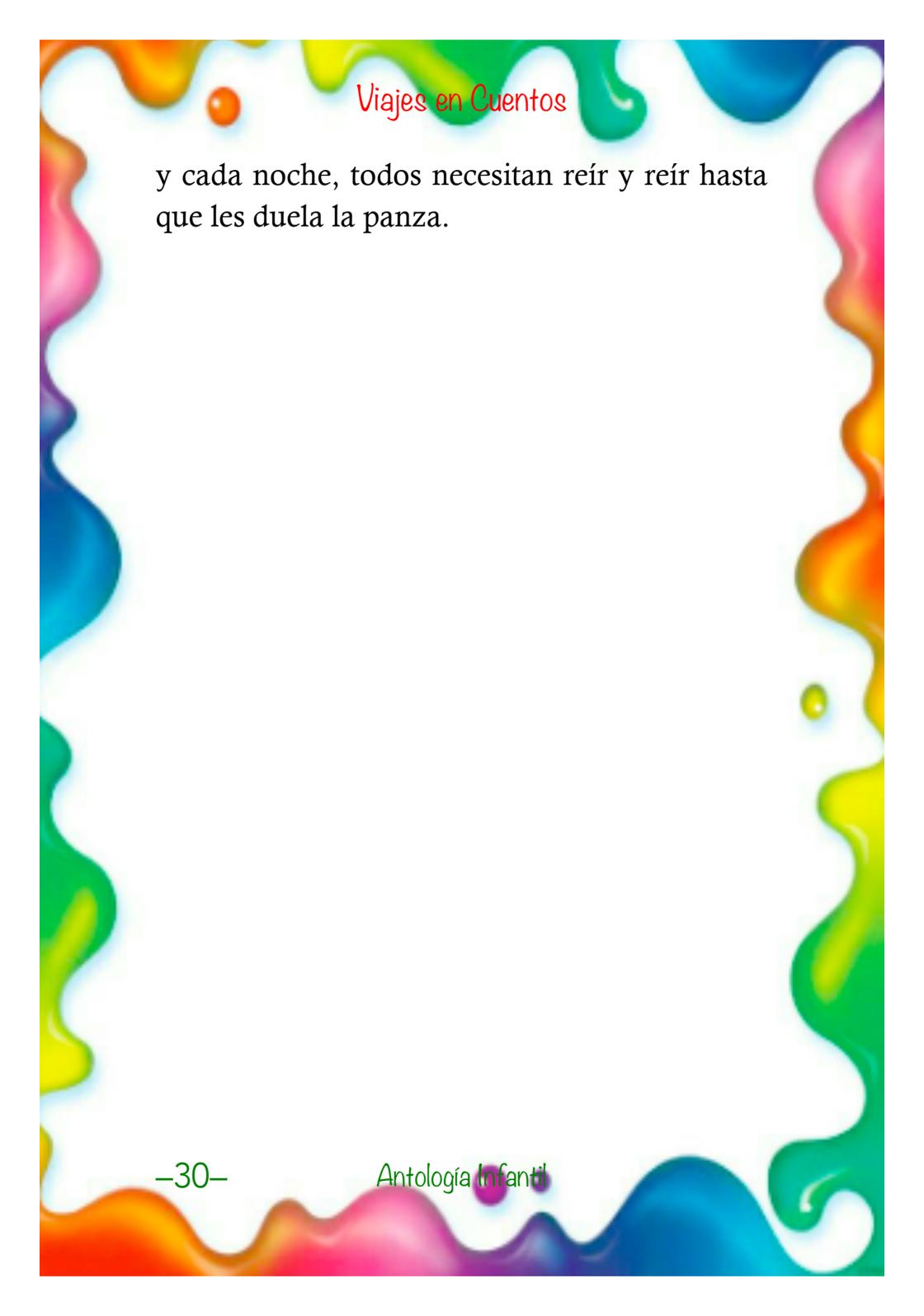
Su mamá pidió los siguientes deseos:

. Una sonrisa que sea grande como un océano. Unos ojos que sean profundos como el cielo.

. Una alegría que sea contagiosa.

El genio pensó por unos segundos, y con un rostro de gran satisfacción puso en su vientre a Benicio.

Desde que Benicio nació, los vecinos se preguntan porqué hay tantas gaviotas en el barrio, porqué personas de cabello largo y con alas son vistas en la cuadra con mucha frecuencia y porqué, cada mañana, cada tarde



## Viajes en Cuentos

y cada noche, todos necesitan reír y reír hasta  
que les duela la panza.

## LA LAGUNA DEL TESORO I

---

Olga Martínez

Cuentan que en la laguna del Tesoro en la provincia de Tucumán, sale un toro con astas de oro –que es el guardián de la laguna– a la que se llega por la ruta provincial sesenta y cinco escalando el Samay Cochuna, pasas ríos, el Camino del Inca, selva, pastizales de altura, praderas.

Esta historia comenzó hace muchos años cuando Atahualpa el treceavo y último emperador Inca cae prisionero en manos del invasor español Francisco Pizarro en Cajamarca, Perú. Un enorme valle escoltado por los ríos Mashcón y Chonta. Allí

Atahualpa debía llenar dos habitaciones de oro y plata a cambio de su libertad.

Atahualpa comunicó a su gente.

Pizarro comienza a recibir cargamentos de oro y plata.

Pero los Incas no volvían a su lugar de origen se quedaban en las inmediaciones de los ríos. Esto es observado por los españoles que le comunican a Pizarro quién ordena inmediatamente la ejecución de Atahualpa en la plaza de armas de Cajamarca. Temiendo se esté organizando una sublevación Inca. Mientras los Incas de lo que hoy serían las provincias de Tucumán y Catamarca se unieron, fundieron los metales, formaron largas cadenas que cargaron en caravana de animales y cuándo se dirigían al Alto Perú. Al llegar a la actual ciudad de Concepción, en Tucumán, reciben la noticia que:

—Atahualpa ya había sido ejecutado por Pizarro.

Los Incas se pusieron furiosos, qué hacer con el tesoro? No lo iban a regalar, así que se adentraron en la yunga y Samay Cochuna arriba llegaron a la Laguna del Cielo. Allí arrojaron el tesoro y desde entonces la llaman la Laguna del Tesoro

Dicen los que saben que en noches en que no aparece la luna, desde el fondo de la laguna sale un enorme toro con astas de oro que ha mugidos da vueltas y vueltas la laguna iluminándola. Produce un resplandor que se ve desde lejos y los mugidos se oyen como truenos.

Dicen los lugareños que aún hoy buzos de distintas partes del mundo vienen a bucear en la laguna. En busca de un tesoro que no encuentran pero nadie cuenta si vio al toro con astas de oro Porque quién lo vio también se convierte en toro pero sin astas de oro.

## SOLITA, EN EL EDÉN

---

Melina Moisé

Un día dejé de escuchar la voz de mi padre y las voces de las señoras con collares sonoros, el vals, el tintineo de las copas, los pasos por las escaleras y los gritos de la mujer inmensa, siempre enojada y me fui quedando sola, solita entre los muros, los ventanales que dejaban entrar el viento como un balbuceo distante...

Aquel verano, Sofia lo recordaría como pantallazos intermitentes de imágenes en una nebulosa: seis años y la mano apretada de su madre, las caminatas y el cálido aire del valle cordobés, el portal inmenso de hierro, más allá

del edificio imponente, con los leones augurando la grandeza de otros tiempos, en una fuente sin agua, balcones altivos con mirada hacia las nubes, al árbol de la vida del Valhala y un sonido continuo de gorjeos y pájaros que disputaban las glorias de otras épocas.

Caminaban. Un grupo de personas, turistas, visitantes seguían a la señorita y sus palabras ilustrativas sobre el edificio deshabitado. La guía se detenía y las explicaciones sostenían el aburrimiento de Sofía.

—¡Mamá! ¿cuándo se termina este paseo?  
—dijo la pequeña con fastidio

—Sofía, no me sueltes, ya pronto.

El salón inmenso, las galerías, la escalinata, luego un corredor, los cuartos... Entonces escucha...

—Niña, ven, ¿quieres jugar conmigo? — alguien interrumpió la monotonía de la pequeña. Dentro del cuarto una niña pequeña le sonreía, un vestido celeste glamoroso con un faldón con puntillas, unos

zapatitos blancos de nácar, su moño inmenso sostenía parte de los bucles. Sofía sonrió, soltó la mano severa de su mamá y corrió al cuarto, donde la niña la esperaba con un risueño mohín.

—Sofía, dónde vas, —reprendió la madre.

—Quiero mirar la habitación de Anita.

—¿Anita? bien unos minutos y regresas pronto a mi lado, —la madre pensó en aquellos amigos irreales que rondaban por la imaginación de su hija, miró hacia atrás, la niña no estaba.

—Sofía, dónde estás, —volvió sobre sus pasos, en la puerta del cuarto, vio a su hija dando vueltas, mientras cantaba:

*“Juguemos a la ronda,  
la ronda, la ronda  
que él que no quiera,  
se esconda, se esconda.”*

Luego la risa sonora de Sofía —¿hola, para qué tienes ese balde, déjalo escóndete tú y yo

te busco, –Sofía echa a correr, ante la mirada desconcertada de su madre.

—Hija, ¿con quién hablas?

—Mamá déjame jugar, Anita estaba aburrida igual que yo y hace años que está solita en la habitación, su papá le dijo que no soltara el balde.

—Hija, no sé qué dices. Y no veo a ninguna niña.

—¡Anita! Se ha escondido, mamá. ¡Anita!, ven, mi mamá quiere verte, no se enojará.

—Qué dices, –replicó la madre, entró a la alcoba, algo, un movimiento extraño vislumbra por el rabillo del ojo, giró su cabeza.

—Por Dios, vamos, aquí no hay nadie más que tú, –tomó a su hija de la mano casi arrastrando, la llevó.

—Anita, no te apenes, –dijo Sofía mientras miraba hacia atrás.

—Con quién hablas. No hay nadie ahí, mientes, esa cabecita gira como calesita. Y yo no puedo disfrutar el paseo, –la guía se acercó.

—¿Señora, tiene algún inconveniente?

—No es un problema ¡Mi hija y su imaginación! Siempre detrás de sus amigos invisibles.

—Ah, —sonrió la señorita que encabezaba la comitiva—, le llamó la atención el cuarto de Anita, la hija del doctor de un antiguo presidente de la nación, —la joven agregó con seriedad, —ella murió hace cien años de tuberculosis. La pobre niña cargaba con un balde todo el tiempo por sus vómitos horribles, Anita tenía ocho años.

El automóvil se puso en marcha, Sofía miró hacia el balcón del hotel Edén.

—¿Hija, a quién saludas?

—A Anita, papá. Jugué con ella, a la ronda. ¡Está tan solita, hace mucho, mucho tiempo!

*“Volví a mi habitación con polvo, cuánto tiempo deberé aguardar hasta que mi padre regrese por mí...”*

## EL HOMBRE FALLA

Juan Carlos Mon

Cuando el sol cae bajo la línea del horizonte y la oscuridad se adueña de Tucumán, nuestro súper héroe más desconocido sale a defender con su tierno sadismo a los ciudadanos de los villanos que pululan por las calles de la infame ciudad nortea.

A las 8 p.m. en punto se calza unas alpargatas celestes, se coloca un antifaz de cartón rojo, se zampa un short de baño amarillo, se pone una remera naranja de mangas cortas que deja al descubierto su blanca y dilatada panza de pupo salido, ingiere un Rivotril. Recién entonces se siente seguro

para salir a impartir justicia con un marcado espíritu amateur durante ocho horas como el buen trabajador heroico que se considera a sí mismo desde hace medio año.

No pasa mucho hasta que con sus agudos ojos acostumbrados a descubrir los más pequeños indicios de un delito en curso detecta a un malviviente asaltando a una ancianita en una esquina poco iluminada y desierta de su barrio. Sin pensarlo ni un segundo corre hacia donde se desarrolla el atraco y dando un gran salto cae sobre el ladrón, pero quizá, un poco atontado por el clonazepam, en su caída aplasta tanto al delincuente como a la viejita. La anciana muere desnucada en el acto y el ladrón queda gravemente herido. Como no puede hacer mucho para enmendar su error llama al 911 y pide una ambulancia, luego se aleja rápidamente del lugar mientras piensa para sí que la próxima vez debe tener más cuidado al calcular el salto. Minutos después llega la ambulancia y un patrullero policial. Asisten al delincuente que con su aliento final asegura

haber sido atropellado por un enorme elefante blanco de ojos celestes.

—¡Era un elefante... pálido,... sin trompa... sueco tal vez... muy pesa... qué lo par... con el dinosau...

Aquello fue lo que pudo decir sobre su agresor antes de morir con los ojos abiertos por la incredulidad y el espanto.

A unas cuantas cuadras de allí, este héroe desconocido por la población tucumana, camina amparándose en las manchas de sombras que cubren las calles mal o nada iluminadas mientras piensa psicopáticamente satisfecho:

—Si no calculo mal, creo que en total me involucré en ochenta y cuatro situaciones que requerían mi intervención. ¡No está mal! ¡Nada mal para un principiante!

Las siguientes horas de su raid justiciero transcurren sin otro incidente por lo que decide regresar a su casa. Mientras retorna, de pronto, su pulido instinto lo pone en alerta sobre un evento inminente:

—¡Che, algo está por pasar! ¡Ojo al piojo!  
¡Atenti, eh! –le dice.

Es en ese instante que ve a unos pocos metros de él a un perro escuálido salir detrás de un árbol y comenzar a cruzar la calle justo en la trayectoria de un auto que avanza a gran velocidad. El caschi callejero iluminado por los faros delanteros del auto se detiene encandilado y solo atina a emitir un “¡Guau!”. Pero cuando parece que la suerte del animal está echada nuestro ignoto súper héroe no lo piensa dos veces y se lanza al medio de la calle interponiéndose valientemente entre el perro y el auto con los brazos extendidos y al grito de “¡Justicia para todos!” con tan mala suerte, o mejor dicho, con gran torpeza en su movimiento que sin quererlo patea al perro que sale volando por los aires y se estrella de cabeza contra el cordón de la vereda y muere al instante. El conductor del auto al ver a un gordo panzón con un antifaz rojo brillante vestido con prendas de colores llamativos gesticulando algo con cara de loco pega un volantazo y se estrella contra un árbol de

jacarandá en flor fisurándose la columna vertebral y quedando cuadripléjico. Ante esta escena dantesca de sangre y destrucción él solo atina a observar mientras se rasca la cabeza. De pronto se le ilumina el rostro debido a una ocurrencia ingeniosa que lo deja satisfecho porque le soluciona la incógnita de cómo llamarse que lo acucia desde hace tiempo:

—¡Fallaman! ¡Fallaman! —se repite a sí mismo, y agrega orgulloso de su hallazgo:

—Ese nombre será imposible de olvidar al que lo escuche.

Así emprende su regreso a casa contento y aliviado de haber dado con el nombre adecuado para ser recordado por la posteridad y soñando en sus próximas proezas justicieras. Mientras se agazapa en las sombras de la noche de Tucumán se pierde en la distancia cantando su canción favorita:

—¡Otra vez fallé, otra vez mentí...! —con una voz entre la de un niño y un hombre haciendo fuerza sentados en un mismo inodoro.

## Viajes en Cuentos

En lo alto del cielo nocturno, pero no tanto, más bien a la altura de la copa de los árboles vuela una lechuza que gira su cabeza fosforescente intrigada por la fuente de la que proviene aquel canto extraño y al distraerse impacta contra los cables del tendido eléctrico y estalla convertida en una bola de fuego con olor a plumas quemadas cayendo a los pies de nuestro héroe anónimo que interrumpe su canto, la mira por unos segundos. Entonces se agacha a recogerla con una sonrisa de oreja a oreja exclamando muy satisfecho por el regalo de la providencia:

—¡Qué bueno! ¡Un pollo al espiedo gratis!  
—mientras no puede dejar de imaginar a una multitud vitoreándolo admirada e invocando su ayuda “¡Fallaman! ¡Fallaman! ¡Ayúdanos, sálvanos, Fallaman!

## SEÑORA ORUGA

---

Leticia Mure

Un día se condenó a la señora oruga, por devastar los pinos de los bosques. Ella quería comer para subsistir. Un sapo, elegante y coqueto, con los ojos redondos como bolilla, observó a la oruga, que temblaba de miedo. El sapo, entonces, preguntó en voz alta:

¿Quiénes quieren condenar a la oruga?

—Nosotros, —respondió un grupo de hombres, con sus hachas y botas.

—¿Y vos, quién sos? —Preguntó un hombre.

—Sólo un hermano que quiere defender al prójimo, respondió humildemente el sapo.

—Eres un sapo entrometido.

Voy a explicarles por qué devora las hojas mi amiga, la oruga.

—No nos interesa, —respondieron enojados a coro.

El sapo, habló y habló, hasta que se dio cuenta que no lo escuchaban. Es más, éstos hombres dispuestos a condenar a la oruga, abandonaron el lugar con paso enojado. El sapo comenzó a dar grandes saltos, lo más rápido que pudo, hasta que los alcanzó.

—¡Amigos! —dijo el sapo haciéndose el simpático—. ¿Porqué ustedes no quieren oír mi explicación? —Con sonrisa y un coqueteo en sus saltos— ¿Acaso nunca cometieron un error? La oruga no tiene intención de devastar los bosques, sólo la necesidad de alimentarse, como todos los seres vivos.

Entre diálogos y algunas discusiones, logró por fin, que se postergara la condena a la amiga oruga.

Como era invierno, la señora oruga se encerró en su capullo, para aparecer en primavera y transformarse en una mariposa de transparentes colores azulados. Fue de flor en

flor colmando su vida de néctar, sin que nadie recordara de lo que había pasado.

Un día como cualquiera, de intenso calor, el sapo fue en busca de agua, y no encontró.

—¿Dónde hay agua? —preguntó—. Me siento solo, sediento. Estoy triste.

Lo escuchó una bella mariposa de color azul, que aleteaba sobre una flor, y miraba con dulzura al sapo.

—Hola amigo, —dijo la mariposa.

—Hola. ¿Quién sos? —Preguntó el sapo—. ¿De donde me conoces?

—Soy Natodonta, la oruga que salvaste de ser condenada.

—Por Dios, qué alegría, nunca te hubiera reconocido. Estás hermosa.

—Que bueno sos, —dijo la mariposa. Puedo ayudarte amigo, haré lo que sea necesario.

—Gracias, —respondió casi sin aliento. Estoy sediento y no encuentro agua.

La mariposa, batió sus alas, y esa tarde, suavemente, una nube, dejó caer abundantes gotas de agua sobre la piel marchita del sapo.

## Viajes en Cuentos

Entendió que su amiga mariposa sabía mucho de la tierra y del cielo, más allá del brillo de las estrellas, y cerca de los arroyos donde cantan cuando llueve.

## XIXU Y SUS AVENTURAS

---

Teresa Oviedo Paliza

Apenas amaneció Xixu y su papá subieron al bote y se adentraron al mar, en el camino se juntaron con otros pescadores y luego todos anclaron en diferentes lugares a lanzar sus redes; hacia el atardecer ya habían pescado suficiente así que emprendieron el regreso entre conversaciones, anécdotas y risas.

El niño ayudó a su padre a descargar, limpiar los peces y guardar. La mamá ya les tenía preparada la ropa limpia y la cena.

Soquías contaba a su mujer, lo tranquilo que estuvo el mar pues el viento era sereno y hubo mucha pesca para todos.

Los tres comieron y rieron y el primero en ir a la cama fue Xixu.

Apenas se durmió, el niño se vio envuelto en una increíble aventura, unos enormes pulpos lo habían atrapado y llevado al fondo del mar donde un imponente castillo de coral abrigaba a las más hermosas y raras criaturas, bellísimas sirenas peinándose con el agua, peces de colores, algas marinas verdes, rojas y marrones creciendo cual una extraña huerta o entre las rocas infinidad de pequeñísimos seres de las más diversas formas y, lo mejor sin animales agresivos acechando por ahí. Y luego de todo ese paseo por los recovecos entre los rojos arrecifes de corales, el gran pulpo lo tomó y devolvió a la superficie.

Cuando Xixu despertó, estaba tan feliz, que dijo a su padre que quería ser buzo para explorar el fondo marino y disfrutar del mundo acuático creado por Dios.

Soquías y Emma se sintieron felices y orgullosos de los deseos de su hijo y le dijeron que ya averiguarían quién lo pueda adiestrar.

Todos los días, apenas terminaba de almorzar, Xixu corría a la playa con su bolsa en la que llevaba un pequeño cuchillo, un cincel para madera y otro para las piedras y, después de andar por ahí hasta encontrar algo

útil para sus tallas, trepaba a la roca preferida y comenzaba a darle forma de animales o plantas. Cuando la brisa marina le murmuraba cosas que solo él entendía, sacaba su instrumento y tocaba bonitas canciones o también imitaba el silbo de los pájaros o los ruidos del mar. Luego bajaba a la playa y recogía almejas y caracoles que ese generoso mar dejaba en la arena, las ponía en su bolsa y entraba al agua a nadar y jugar con las olas hasta quedar rendido; entonces salía y se tiraba en la playa para que el sol secase sus ropas.

Así permanecía cara al sol escuchando a la naturaleza, bajo esos inmensos cielos azules un día sintió que no estaba solo, se sentó y buscó con la mirada, fue cuando vio a un caballo negro lustroso que también lo miraba a la distancia. Es un caballo salvaje pensó.

Otro día andando entre las grandes rocas y plantíos que brotaban por doquier, descubrió al negro corcel atrapado entre enredaderas, el animal enloquecía al sentirse preso. Arrimándose y pausadamente Xixu lo desenredó y el animal salió a toda velocidad.

En otra de sus siestas lo vio tan cerca que cortó una hojas y se las acercó, el animal las olfateó y las comió y, cada vez un poquito más

hasta que pudo acariciar su cabeza y al fin cabalgar en él y ¡qué maravilla! Corrían por la arena y se metían al agua por largos ratos y cuando el sol también entraba a disfrutar del mar, pintando las olas de rojo y amarillo, el niño se despedía de su amigo, tomaba su bolsa llena de peces para su madre y regresaba a casa.

El sol del verano hacía brillar mil luces en la playa. Hacía mucho calor y el mar reflejaba a un cielo límpido y celeste. A lo lejos su corcel amigo también retozaba en esa bella soledad.

El niño pensó: todo el universo es nuestro. En lontananza bandadas de gaviotas y patos hacían sus rondas acaparadoras de azules dibujando encantadoras figuras geométricas contra el firmamento. Xixu de cara al cielo limaba caprichosos trozos de roca transformándolas en peces, aves o árboles...

El viento secretaba sus mensajes que lo hacían sonreír. Es que Xixu había heredado de su madre el don de leer en las ondas del mar, en los dibujos que las mareas hacían en la playa o todo era parte del paisaje, hasta él mismo y el caballo.

Un día Xixu sentado en la roca grande percibió un zumbido, sus sentidos se alertaron y escudriñó el paisaje, no podía descubrir que era. Dejó su tarea y bajó a la playa, caminó por el borde del mar observando todo hasta que de pronto un cardumen de enormes peces brincando alegremente hasta llegar muy cerca de él, eran ¡delfines! Parecía que estaban felices de haber llegado a destino y giraban cerca suyo como invitándolo a que entrara en el agua. Xixu convencido de su bondad entró a bañarse con ellos ganándose su confianza ¡que cosa tan bonita! Si él iba al centro los delfines también, al costado y la runfla por atrás. La tarde se hizo corta por las emociones. Regresó maravillado a contarle a su madre. Ella le dijo que era la época en que los delfines y otras tantas especies llegaban y se quedarán por meses que aprovechara para divertirme.

Xixu se acostó temprano queriendo que ya amaneciera para volver a ver a sus nuevos amigos.

Ese domingo Xixu se levantó tarde, desayunó y con su bolsa de útiles fue a la playa. Después de recoger hermosos trozos de roca, cascaritas de caparzones, se sentó a la

sombra de su piedra preferida y trabajó, largo tiempo estuvo entretenido en su tarea creativa cuando decidió ir al agua. El viento estaba más fresco y los delfines parecían esperarlo, jugó con ellos pero esta vez notó algo raro, cuando nadaba hacia el sur ellos lo seguían pero si cambiaba su rumbo no, insistían en ir solo en esa dirección y Xixu los complació. Mucho nadaron hasta que se arremolinaron en un punto, el niño los alcanzó y qué descubrió: a un delfín herido. De inmediato regresó a buscar a su padre y, durante varios días lo curaron y cuidaron, se había herido con una lata de una barcaza sumergida.

Cuando sanó y junto a los otros delfines, rodearon al niño y le dieron tantas muestras de agradecimiento que el muchacho lloró de emoción. Jamás imaginé que un animal fuera tan entendido, le dijo a su madre. Si, hijo, la naturaleza está llena de maravillas y hay que conocerla, respetarla e imitarla, le respondió ella.

Terminó el verano y cuando las hojas comenzaron a transformarse en pájaros, llenando de nuevos colores y sonidos el paisaje, la familia de cetáceos emigró a otros

## Viajes en Cuentos

lugares, llevándose el respeto, cariño y admiración de quienes los conocieron.

Van desparramando alegría, decía Xixu desde la cumbre más alta, saludándolos hasta que desaparecieron en la inmensidad del océano.

Y colorín colorado este cuento ha terminado.

## BAMBÚ

---

Jorge Perea

En un rincón olvidado de un Bosque del que ya casi nadie recuerda su nombre y del que ya casi nadie habla, vivía un monstruo peludo llamado Bambú. Bueno, más que un monstruo peludo, Bambú era un “monstruito”, porque era chiquito. Su mamá cariñosamente le decía “Nubacho” o “Nubecito”, porque decía que vivía con el pensamiento entre las nubes.

Bambú tenía cuernos pequeños y muy suaves, tenía patas enormes, y unos ojitos redondos y brillantes como canicas. Y, aunque apenas estaba por entrar en la adolescencia de los monstruos (que todo el mundo sabe que

comienza más o menos como a los 250 años), era feroz, grandote para su edad y con rugidos poderosos. O al menos eso creían todos.

Pero la verdad, Bambú tenía un secreto; algo que no le había contado ni a sus padres: ¡le tenía pánico a la oscuridad!

Durante el día, mientras todos lo monstruos duermen, él solía sentarse cerca de la entrada de la cueva en donde vivía, para mirar hacia afuera. Le gustaba mirar la luz del sol sobre los árboles y escuchar el canto de los pájaros, pero nunca salía. Porque todo el mundo sabe que eso es imposible. Salir a la luz puede matar a un monstruo.

En el ocaso, cuando el sol comenzaba a perder su fuerza, era cuando tomaba valor y saltaba de un brinco hacia afuera para correr por entre los árboles y rodar sobre el pasto. Pero cada noche, cuando el sol se iba y los búhos cantaban y las arañas tejían, Bambú se escondía bajo su cama de piedra, abrazando una linterna vieja que había encontrado un atardecer en una de sus salidas, y que ya

parpadeaba más de lo que iluminaba. Y ahí escondido, temblaba.

Se tapaba los ojos con sus manitos regordetas, y murmuraba:

—No quiero ver las sombras. No quiero escuchar los ruidos.

Las luciérnagas del bosque le gustaban, porque eran un poquito de luz entre tanta oscuridad, pero lo evitaban. Los demás monstruos se burlaron de él cuando empezaron a sospechar que algo andaba mal, así que sus padres lo comenzaron a obligar a salir por las noches.

Y él... simplemente quería dormir tranquilo, sin ese miedo.

En un atardecer, un niño humano llamado Lautaro se perdió en el bosque, aunque ni él sabía cómo había llegado ahí. Caminó entre ramas y raíces hasta que el cielo se oscureció.

Y entonces... lo encontró.

Bambú, el monstruo, saltó del susto.

—¿Un niño humano? ¡No, no, no!

Bambú le tenía miedo a los humanos, aunque era la primera vez que veía uno, porque había escuchado cosas terribles de ellos, como por ejemplo: que maltrataban a los animalitos. Pero, además, había otra cosa. Él sabía muy bien que los monstruos se alimentaban de humanos.

Lautaro también se asustó, pero no gritó. Sólo lo miró con sorpresa y dijo:

—¿Estás temblando?

Bambú bajó la mirada.

—Tengo miedo de la oscuridad –confesó por primera vez.

Lautaro sonrió. Ahora empezaba a comprender todo... ¡Ese monstruo le resultaba conocido!... ¡Era su monstruo!... ¡Lo había visto muchas veces en sus sueños!

—¡Eso debía ser! –pensó Lautaro. Se había quedado dormido y, en sueños, había entrado en ese mundo raro donde los monstruos viven y se esconden.

—Yo también tenía miedo... hasta que descubrí algo. –dijo Lautaro, y sacó de su bolsillo una cajita de música. La abrió. Una

melodía suave, como la risa de las estrellas, llenó el aire.

—Cuando me da miedo —explicó el niño—, cierro los ojos y escucho esto. Me recuerda que no estoy solo.

Bambú parpadeó.

Esa noche, por primera vez, no usó la linterna. Sólo escuchó la cajita de música, sentado al lado del niño. Y aunque el bosque estaba oscuro, el miedo le parecía un poco menos grande.

Después de eso, Lautaro comenzó a visitar a Bambú más seguido por las noches, cuando se dormía. Le enseñó canciones, historias, y algo muy especial:

—Tener miedo no te hace débil. Ocultarlo sí.

En una de sus visitas, Lautaro también comprendió algo: ese monstruo... ¡su monstruo!... no podía seguir viviendo para siempre en la oscuridad, pero tampoco podía forzarlo a salir a la luz. Porque es bien sabido que si un monstruo sale a la luz, puede morir.

Entonces se le ocurrió una idea.

—¡Vamos a hacer esto! —dijo—. Por las noches, yo voy a dejar abierta la cajonera de mi mesita de luz. Y por ahí vos vas a poder salir para dormir debajo de mi cama. Vas a poder escuchar los cuentos que me leen mis papás, y a escondidas vamos a comer galletas.

Y desde entonces, así lo hizo. Todas las tardes, cuando comenzaba a anochecer, Bambú se filtraba por el cajoncito y se ocultaba debajo de la cama de Lautaro. Desde allí escuchaba cuentos, la melodía de la cajita de música; y hasta comía las galletas que “accidentalmente” a la Lautaro se le caían. Y todo eso lo ayudaba mucho, porque nadie, ni siquiera los más grandes y peludos, tienen que enfrentar sus sombras solos.

Y es que todo el mundo sabe que muchas veces los monstruos... que muchas veces no son tan monstruos... cuando se cansan de vivir en la oscuridad, pero no pueden salir a la luz; cuando tienen miedo... ¡Se esconden debajo de la cama!

## NUESTRO AMIGO, EL RULI

---

Miriam Persiani de Santamarina

A Santiago lo conocemos desde que nacimos. Siempre vivimos en el mismo barrio y fuimos amigos desde entonces.

Nuestras madres nos contaron que todos nosotros nacimos pelados o con muy poco cabello, pero Santiago nació con una maraña de rulos de color naranja sobre su cabeza.

Lo queremos muchísimo, y aunque sabemos que no se deben escribir o decir artículos delante de los nombres propios o los apodos, nos gusta llamarlo “El Ruli”, porque nos resulta más afectuoso; sobre todo... ¡Cuando tenemos que retarlo!

Él es un nene bajito, con algunas pecas en sus mejillas, habla despacito, camina muy tranquilo, no es de buscar pelea y siempre que sale para encontrarnos en la puerta de alguna casa, trae caramelos para todos. ¡Un amigo genial!

Pero a la hora de jugar, surgen los problemas. Como cuando salimos por el barrio a hacer “ring-raje”, tocamos el timbre en una casa y salimos corriendo. Todos llegamos a la esquina y cambiamos de cuadra. Pero, aunque “El Ruli” nos alcance, media cabellera se asoma por la ochava y las señoras nos gritan: “¡Dejen de molestar, maleducados!”, “Sabemos que son los que están con el pelirrojito”. Cuando jugamos a “Las escondidas”, ni bien se da vuelta el que está contando, ve asomar varios rulos en cualquier escondite que nuestro querido amigo haya encontrado.

También es una complicación cuando saltamos a la sogá y la misma se le queda enganchada en el pelo al tercer salto, porque nadie tiene tanta fuerza como para levantarla

tan alto como para que no le roce la cabeza. Y cuando nos disfrazamos, él se queda sin completar su atuendo, porque ni el gorro de Batman ni el de Spiderman son tan grandes para que quepan sus rulos. Tampoco puede usar un sombrero de vaquero, ni un casco de gladiador, por lo que la mayoría de las veces se transforma en un pirata, con un pañuelo a lunares que le regaló la tía.

En la escuela trataron de convencer a la familia de que lo rapasen, pero la respuesta fue categórica: “¡No!” La madre le aclaró a la maestra que ella misma le pasa el peine fino diariamente cada vez que se baña. La abuela – que también intervino– les explicó que esa cabellera es parte de su identidad y que de ninguna manera iban a arriesgarse a que le cambiase la personalidad. Y cuando se fue, dejó en el escritorio de la directora un folleto de psicología infantil y una foto suya de cuando era chica... ¡con los mismos rulos!

Ayer descubrimos que Marianita está enamorada de él. Ella también es bajita y tiene un pelo lacio y renegrado que le llega hasta la

cintura. Pero siempre lo tiene atado o se hace dos colitas.

Nosotros lo estábamos bajando de un árbol, porque se le habían enredado un montón de rulos en una rama y parecía un racimo de frutos o flores raras. Ella se acercó, se sacó una de las hebillas que tenía en su propia cabellera y le ató el pelo. Después le dio un beso en la mejilla y los dos quedaron con la cara del mismo color: rojo como tomate. Nosotros, pálidos como fantasmas lo alzamos en andas mientras cantábamos a viva voz: “¡Te queremos Ruli, te queremos!”

Y desde ese día, él viene a nuestro encuentro con “sus rulos al viento”, pero cuando empezamos a jugar se los ata como le enseñó Marianita. Y recién cuando ella pasa, nos reparte los caramelos.

ZURRU

---

Mari Betti Pereyra de Facchini

Un zorrillo anaranjado  
quería ser marinero.  
Acostado sobre el pasto  
veía al mar en el cielo.

Contaba a otros animales  
que quería navegar  
y escapaba de su cueva  
para solo imaginar.

–Oéee, oé...  
en gran barco viajaré  
Oéee, oé ...  
para el mundo conocer

—Vaya que estás distraído  
—mamá Zorra rezongó—  
sabiendo que en esta zona  
puede andar un cazador.

Tía Lechuza vio uno  
debajo de un algarrobo,  
durmiendo mientras esperaba  
que el can cazara algún zorro.

Zorru, para conformarlas,  
a otro campo fue a jugar.  
Por darle siesta segura  
lo escondió Don Pajonal.

¿Segura? ¿Usted lo cree?  
El perro del cazador,  
al verlo joven y solo  
sobre él se abalanzó.

Zorru, que era buen actor,  
se llevó una pata al pecho,  
puso los ojos en blanco  
y fingió estar muy enfermo.

Con el hocico arrugado,  
mientras que se desmayaba,  
bien alerta las orejas,  
la cola casi parada.

Las patas duras y quietas,  
con ojos entrecerrados,  
Zorri espío por el rabillo  
que el perro estaba asustado.

Al darle un poco de intriga  
esa boca medio abierta  
con tan filosos colmillos,  
el perro pegó la vuelta.

Así Zorru se hizo el muerto  
y entre asombros lo burló.  
La sierra fue su testigo:  
—Sí, sí, lo burló, señor.

Tía lechuza opinaba  
que el perro, un poco dudoso,  
debió inventar una excusa  
por no pasar por miedoso.

Corrió a contarle a su amo  
que un zorro muerto apestaba;  
que era mejor irse rápido,  
pues su olor contaminaba.

Eáaa, eá...  
andá a saber si es verdad.  
Eáaa, eá  
cazador sin presa va.

El hombre, no convencido,  
enfundando la escopeta  
juró que pronto hallaría  
en campo o bosque una presa.

Un burro y dos perdices  
espiaban con picardía  
y esperanzados rezaban  
que no llegara ese día.

Mamá Zorra vio de lejos  
como el hijo se salvaba.  
–Por pensar en esas cosas  
se distrae– rezongaba.

Su comadre, la lechuza  
dando dos sabios chillidos  
aconsejó a mamá zorra  
comprender más a su hijo.

Que aunque el mar estaba lejos  
y barco nunca tuviera  
con la magia en la ilusión  
haría lo que quisiera.

Zorru les dio un lengüetazo  
y se fue al río, sonriente,  
a tomar agua fresquita  
y mirarse en su corriente.

Contento de verse a salvo,  
junto a un árbol fue a soñar  
que gaviotas y ballenas  
lo querían saludar.

El viento, moviendo ramas,  
sus pelitos hamacó  
y con un coro de pájaros  
entre silbos entonó:

Eóoo, eó  
hoy un bicho se salvó.  
Eóoo, eó  
y por eso bailo yo

Y al sentir que andaba suelto  
no dejaba de desear  
que todo niño supiera  
lo malo que es cazar.

De lejos, un viejo puma  
suspirando lo entendía,  
porque ellos sólo mataban  
por hambre o por su vida.

Con la bella sachacabra  
que paseaba por allá,  
liebres, quirquinchos e iguanas  
a zorru oyeron cantar:

—Oéee, oé...  
¿Cuántos mares andaré?  
Oéee, oé  
No lo sabrá nunca usted.

## Viajes en Cuentos

El cielo, que veía todo,  
quiso ser compositor  
y bailando con el viento  
en su color escribió:

Eóoo,eó  
animales libres son.  
Eóoo,eó  
¡No lo olvide nadie, no!

## LA ÚLTIMA ESTACIÓN

---

Estela Porta

El verano, niño rechoncho de tanto comer frutos de los árboles, nos miraba con su carita de manzana y sus rizos de oro, invitándonos a refrescarnos en la pileta donde nadaba el cielo con nubes y todo, hasta don Sol se bañaba en ella y calentaba sus aguas azules. Yo, desde el borde, me miraba tranquilito en ese espejo, hasta que *¡plashh!*, mis hermanos se zambullían y comenzaba la fiesta de piruetas y gritos *¡eh!*, *¡ahh!*, *¡oh!*, *¡uff!*, *¡chui!*... Me salpicaban riéndose y yo me refugiaba entre las flores y perseguía a las mariposas, aunque luego, mamá me retaba por haber aplastado las alegrías del hogar, los

pensamientos y las petunias. ¡Qué momentos felices! Cada verano festejábamos mi cumpleaños. Sin saber por qué, yo hubiera querido que ese verano no terminara.

Pero pronto llegó don Otoño con su ropaje de oro y comencé a ponerme tristón. Me entregaba a los arrullos de Morfeo durante siestas interminables y, lo extraño es que me levantaba cansado, claro, yo escuchaba que decían que mis ronquidos podían serruchar un bosque entero, ¡cómo no iba a estar agotado, entonces! Por las tardes, me gustaba sentarme en el marco de la puerta a contemplar el jardín que iba cambiando de colores a medida que el otoño artista usaba su pincel mágico; a veces, el viento jugueteón dejaba sobre mi cabeza un sombrerito dorado de hoja seca y los pájaros cuchicheaban entre ellos *pío, pío, pío* riéndose de mí. Yo me hacía el indiferente, pero si hubiera podido volar, esos chismosos no contaban más el cuento... Así, en esta tranquilidad, cada día llegaba el crepúsculo y

de nuevo la noche y de nuevo tenía que dormir.

El Sr. Invierno apareció envuelto en una bufanda a rayas negras, grises y blancas. Era un señor muy aburrido y malhumorado, abría su mano y el rocío se volvía escarcha, chasqueaba *chas chas* sus dedos y las nubes lloraban largamente, días y días, y con su aliento de hielo desnudaba a los árboles y enmudecía a los pájaros temblorosos *brrrrrrr* de frío *brrrrrrr*. Ahora, era yo el que me reía de ellos, yo que los miraba tras el cristal del ventanal, acalorado por la calefacción y encima me abrigaban con un chalequito polar rojo que me quedaba pintado, todos decían *¡Qué bello, Emir parece un gran señor!* Con tantas alabanzas, cada vez, yo estaba más ancho, aunque en realidad, era gordura por *“la buena vida y la poca vergüenza”*, decía la abuela, *de no hacer nada...* Y cuando don Invierno ordenaba: *¡Noche!*, yo me arrebujaba en mi moisés colorado para continuar con mi actividad

predilecta: dormir, dormir, dormir y soñar con la primavera.

Hasta que llegó septiembre como un mago sacando de su galera flores, tibiezas, olores y mil caritas bonitas, rosas, rojas, fucsias, sonrientes y perfumadas, se asomaron entre las hojitas verdísimas de las rosas chinas. Ellas sí eran mis amigas, me contagiaban su alegría, me contaban qué dulces sueños habían tenido cuando eran pimpollitos y su planta mamá iba preparando sus vestidos de pétalos para la hora de nacer. Me querían y las quería. Era un idilio muy tierno: les guiñaba un ojo y ellas se ruborizaban y reían suavemente. Yo me sentía celoso de esos malditos picaflores que siempre las besaban, *chuic, chuic, chuic* y seguramente les confesaban su amor. Pero ellas me eran fieles, morían de amor por mí hasta que caían mustias a mis pies.

Un amanecer de esa joven Primavera, un pájaro rojo con copete negro entró por la ventana, voló en círculos a mi lado y se fue.

Quedé asustado y advertí que me sentía raro, ardía de un calor extraño, me faltaba el aire, no pude levantarme. Escuché *los pulmones, la edad* y comenzaron a atormentarme con inyecciones y pastillas. Se me quitó el apetito (me alegré porque así adelgazaría), me costaba respirar; a pesar de que yo era negro, me veían pálido, quizás por la tristeza que me fue invadiendo, me sentía cada vez más débil, hasta esa noche horrorosa en que luché con dragones furiosos y humeantes, duendes diabólicos y brujos maléficos que me querían llevar... Hasta se presentó la princesa Muerte, bella, toda vestida de blanco, invitándome a su reino. Yo resistí.

Ya internado en la veterinaria, con sueros y otras yerbas, yo resistía, resistía, pensaba que esto era uno de mis sueños, que ya llegaría el verano para festejar mis catorce años, jugar en la pileta y ladrar a las mariposas... Pero el verano nunca llegó y la casa quedó en duelo.

Les cuento un secretito: Ahora vivo en el paraíso de los animales donde juego y ladro

## Viajes en Cuentos

feliz entre las flores *guau guau guau* y puedo volar y, sin que me vean, asusto a los pájaros que se burlaban de mí; me re divierto, pero ¡extraño tanto a mi familia! *Snif guau snif*.

*Cuento premiado en el Concurso Martha Salotti del Círculo de Magisterio San Miguel de Tucumán, año 2005.*

## ABRACADABRA

---

Estela Porta

Llegó julio *brrrrrr* y con él, don Invierno *brrrrrr*. Yo lo imaginaba un anciano de cabellos blancos y cara de enojado. Pero no. Llegó a mi casa con una “sonrisa de oreja a oreja”, como dice siempre mi abuela. Con traje gris perla, un moñito colorado en el cuello de su camisa blanca y botines blancos, también. En su mano derecha traía una varita dorada y en la izquierda, un sombrero galera negro. Me guiñó un ojo y dijo: *Abacadabra, patas de cabra, que la nieve caiga*. ¡Y comenzó a nevar! *brrrrrr*. Al ratito dijo: *Cabellos rubios de ogros, alas plateadas de hadas, que el sol salga*. En el acto cesó la nieve y ¡el sol salió! *¡Don Invierno es*

## Viajes en Cuentos

*magoooo!*, grité a los cuatro vientos. El eco repetía: *Magoooo, magoooo, magoooo*. Luego, agitó su varita mágica y apareció un muñeco de nieve con nariz de zanahoria, tan alto que llegaba a la chimenea; desde su altura de gigante me dijo: *Hola, soy Yelito, cuando quieras te enseñaré a patinar sobre hielo*. Tenía una carita de bueno...

Invité a don Invierno a pasar a casa, nos sentamos cerca del hogar y mi abuela Ela le convidó café con leche y torta de chocolate nevada con azúcar impalpable. Le presenté a mi abuelito Lito que también hace magia cuando me duele algo, él dice: *Sana, sana, colita de rana...* y me cura enseguida. Don Invierno dejó de sonreír y sus ojitos se llenaron de lágrimas. Me dijo que estaba emocionado y que mis abuelitos tienen mucha suerte de que yo los quiera tanto. Porque él no tiene nietas ni nietos y, además, casi nadie lo ama. *¿Quieres ser mi nietita?* *Síiiii*, le respondí con un abrazo más grande que una casa. Y comenzó a llorar nieve de alegría. Le conté que mis otros dos abuelos ya vivían en las estrellas, que mamá y

papá estaban en sus trabajos y mis hermanos mayores en el colegio, pero que a la noche cenábamos todos juntos. También se rió de la travesura de mi perrita Rita dormida dentro de su galera. Movi6 su varita mágica y dijo: *Estrella, estrellita, que Rita esté siempre sanita. Estrellita, estrella, que aparezca una caja de juguetitos para ella.* Cuando despertó Rita se zambulló en la caja y, moviendo su colita, desapareció bajo los juguetes. *Guau, gracias, guau, gracias, guau...*, decía.

Mi nuevo abu Invierno terminó su café con leche se levantó del sofá y nos dijo que se tenía que ir a madurar naranjas, limones y pomelos para que podamos beber su juguito sanador que tiene muuuuucha vitamina C.

Antes de partir, con su celular y el de mi abuelita Elita, nos sacamos varias selfies.

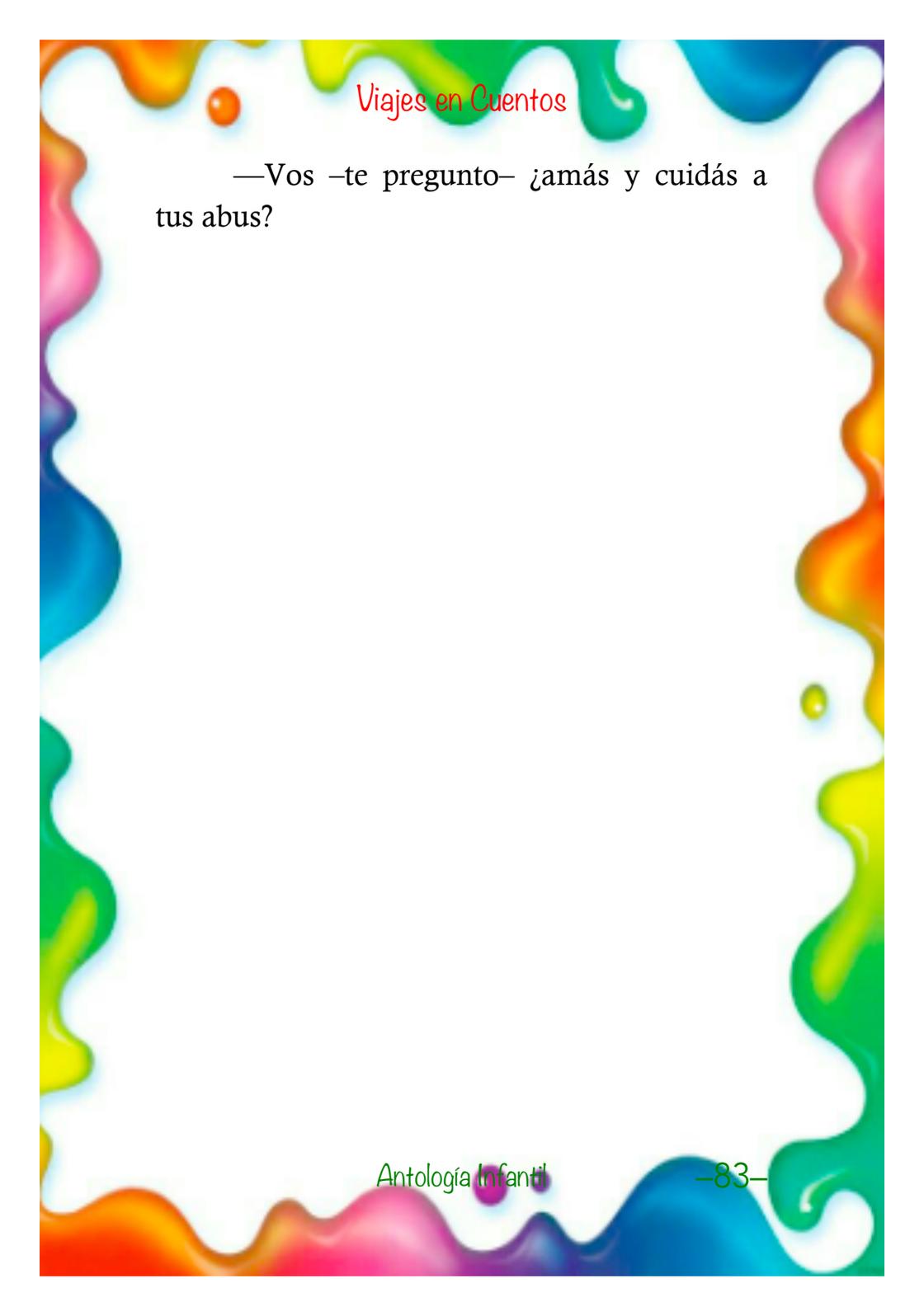
Al despedirse, me prometió regresar todos los 21 de julio para celebrar con nosotros su cumpleaños. Montó a Ico, su caballo blanco que salió de su galera, y se fueron por el aire frío *¡chuiiiii!* en el viento frío. *¡jiiiiiiii!*, relinchaba Ico. *¡Hasta la vista, baby!*, me dijo mi

abu Invierno y yo le respondí, así, con la mano. *Vuela Ico, Ico*, le decía. *Guau, guau, guau*, los saludaba Rita, mientras mi abuelito Lito los filmaba.

Me quedé pensando en tantas abuelitas y abuelitos que deben estar sufriendo porque sus familiares no los aman y los maltratan y los dejan solos o los internan en una Casa para ancianos donde los deben tratar bien, pero, seguramente, no pueden curar su soledad. Tantas abuelitas y abuelitos que cuidaron a sus hijos con tanto amor y ahora los olvidan.

Fui corriendo a abrazar a mis abus y juntos rezamos por todas las ancianitas y ancianitos del mundo. Luego, mi abuelito Lito dijo: *Abracadabra, patas de león, que todas las abuelas y abuelos del mundo vivan con amor*. Y mi abuelita Elita, muy sabia, agregó: *Abracadabra, patas de conejo, nunca olvidemos que un día seremos viejas y viejos*.

Y los tres nos abrazamos riendo *Ja, ja, ja...* y por el ojo de la cerradura nos llegó la risa de mi abu Invierno *Jo, jo, jo...*



Viajes en Cuentos

—Vos —te pregunto— ¿jamás y cuidás a tus abus?

## LA IRA

---

Alejandro Rivas

Era hermoso disfrutar de un día mas, un mediodía con sol cálido y radiante. Me encontraba recostado junto a la piscina, con el agua tan cristalina que reflejaba mi alma y como una combinación casi perfecta mi amada, bella y amable, me acercaba el almuerzo.

Ella permaneció unos minutos a mi lado, luego se retiro a continuar con sus quehaceres.

Por un momento, mi mente se había alejado de ese cubo limitante.

En la sobremesa, de repente algo interrumpió la plácida armonía. Una sombra

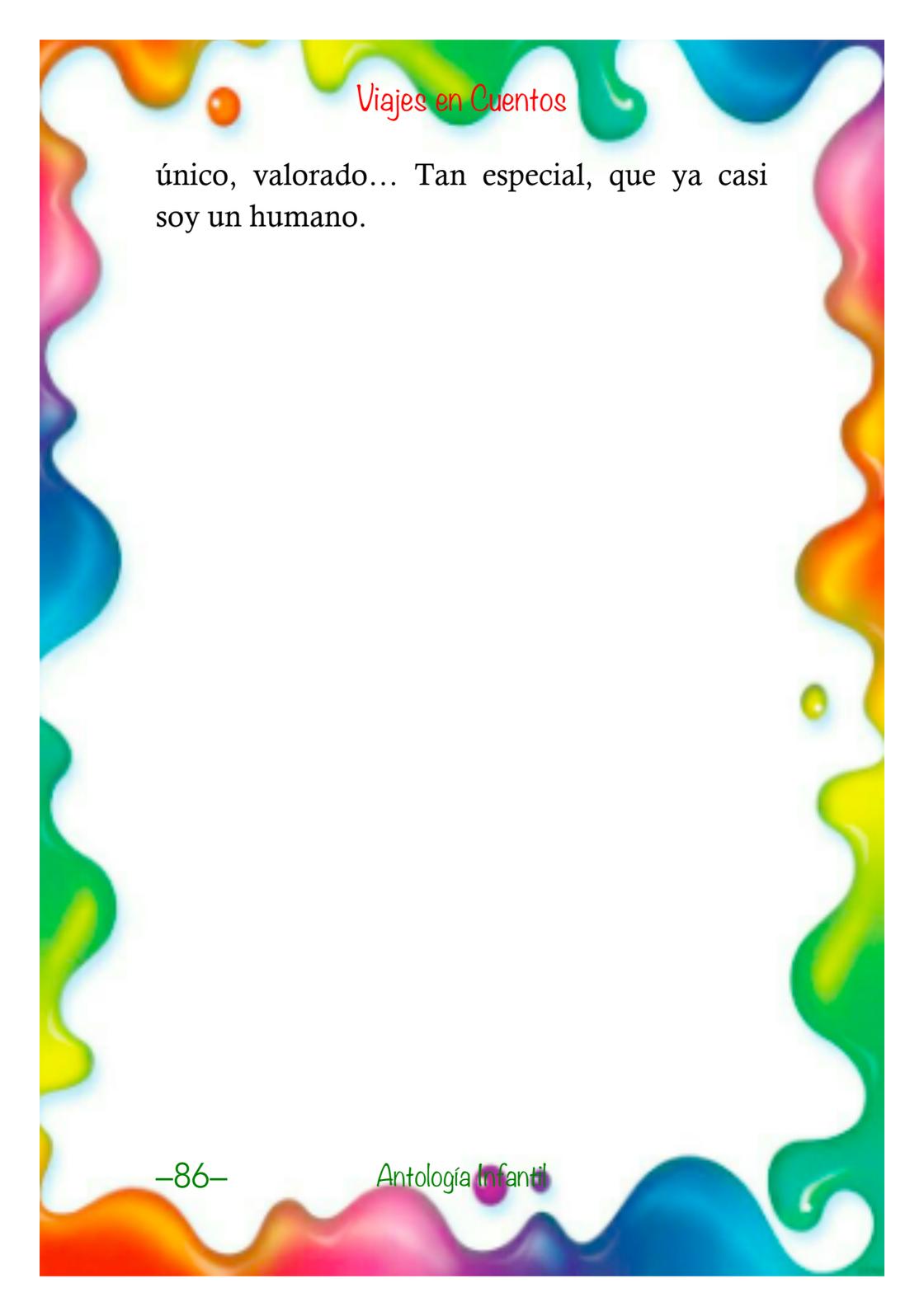
oscura, sigilosa, acechaba a mi alrededor. No podía vislumbrar de que se trataba, ya que su forma se desdibujaba al moverse a una velocidad parecida a la de la luz.

Puse atención, miré con detenimiento a esa figura siniestra, la que solo por un instante se quedo inmóvil. En esa quietud observe un ser abominable, casi demoníaco, con una especie de bassetismo y unos grandes ojos rojos, brillantes como el rubí.

Este personaje, sin mediar dialogo alguno, no me dio tiempo de sentir el último hálito de vida. Allí terminó mi existencia en este plano, entre las fauces de un gran perro salchicha.

Lo único que lamento y me llena de ira, es no haber podido evitar las lágrimas de mi amada.

Ya no siento dolor, mi caparazón quedó vacío. La ironía del universo me hizo reencarnar en un bello caniche; que es amado en una nueva familia. Pero nunca olvidaré a mi gran amor, esa mujer que me hizo sentir,



## Viajes en Cuentos

único, valorado... Tan especial, que ya casi soy un humano.

## UNA GRAN VISITA

---

Honoría Zelaya de Nader

Por la puerta del verano se iba lentamente la tarde.

Los pájaros jugaban a la rayuela. La tortuga Uga conversaba con don Aljibe. El señor Viento despeinaba los pastizales, los gorriones se bañaban en el estanque, mientras un atento algarrobo lo protegía de los rayos del sol al general San Martín.

—¿Qué...?

—¡Sí! ¡Tal como lo oyes! Y esto sucedía en la casa de don Rufino Cossio en la Ramada de Abajo. Además, todos los habitantes del lugar aplaudían sin cesar su presencia.

Recuerdo que un espantapájaros que nunca hablaba con nadie lo saludaba cordialmente. También las tipas, los alerces, los gorriones, los bichitos de luz y los grillos se esmeraban por agasajarlo.

Las flores del cerro de San Javier no se quedaba atrás:

—¡Hoooooolo! —le decían a don José cada mañana desde las alas de un gorrión, mientras le acariciaban la cara con mucho cuidado.

—¿Y qué hacía él ahí?

El general San Martín estaba ahí para mejorar su salud. Para restablecerse. Para descansar ¡Debía descansar!

Pero fue lo que menos hizo. Se pasaba horas y horas trabajando en algo que le quitaba el sueño.

En algo realmente insospechado.

En algo que a nadie se le había ocurrido.

¡Se trataba de un plan secreto!

—¿De un plan secreto?

—Sí. De su plan para libertar tres países: Argentina, Chile y Perú. Y aunque te cueste

creerlo, fue aquí en Tucumán, en la Ramada de Abajo, dónde el general San Martín maduró su gran proyecto.

—¡Cómo latía mi corazón cuando lo supe! Me agité tanto, como aquel otro día del 30 de enero de 1814 cuando lo escuché decir en la plaza de San Miguel de Tucumán:

“Valientes tucumanos yo vengo a trabajar entre ustedes. Tucumán es el teatro de los héroes.

Yo los felicito ya por los triunfos memorables que nos esperan.

Constancia, unión, tucumanos y apareceremos invencibles.

Si nos unimos todos ¿tendrá la Patria a quién temer?

Meses después estuve con él en Mendoza. Con él, durante el cruce de la cordillera de los Andes.

Con él, en Ayacucho.

Con él, en Lima.

## Viajes en Cuentos

Con él, durante sus años de estadía en Francia.

Él, a menudo recordaba con emoción a Tucumán.

También estuve junto a su lecho cuando entregó su último suspiro, a las tres de la tarde del 17 de agosto de 1850 en Boulogne Sur Mer Francia.

Ahhhhh, pero seguro te estarás preguntando quién soy para saber tantas cosas.

—Te cuento. Soy un rayo de Sol, muy amigo de Don José de San Martín y nos conocimos en Tucumán.

## EL HADA QUE MOJABA LA CAMA

---

Honoría Zelaya de Nader

Había una vez un hada que todas las noches mojaba su cama.

—¿Se orinaba?

—¡Sí! ¡Se orinaba!

—¿Pero acaso no era un hada?

—Exactamente era un hada y se llamaba Rocío, pero las hadas también orinan y en cuanto ella se dormía se hacía pis.

Como te imaginarás, no se animaba a quedarse a dormir en la casa de sus amigos ni en la de las otras hadas.

Claro que Rocío buscaba solución. Intentó múltiples salidas, entre ellas, la de permanecer despierta durante toda la noche

pero... era imposible. Ni siquiera las hadas pueden vivir sin dormir.

El caso es que diariamente había que cambiar y lavar las sábanas y el sufrimiento de Rocío aumentaba.

Su angustia crecía tanto que hasta dejó de jugar con las flores. De saludar a los amaneceres. De peinar a los helechos. De cumplir con sus deberes de hada, es decir de brindarles sonrisas a los chicos con su mágica varita, todo porque se hacía pis, y pis y pis.

Tan mal se empezó a sentir Rocío, que doña Luz que nunca se asusta, se asustó y se dijo:

—Hay que hacer algo. Tengo que hacer algo. Pero no sabía qué. Tras cavilar un largo rato decidió consultar a los pájaros, pero los pájaros no pudieron ayudarla.

Luego habló con doña Luna. La Luna tampoco encontraba solución.

Entonces convocó a todas las flores, pero las flores tampoco supieron dar respuestas y a causa de esto, ellas se pusieron tan tristes que se tornaron todas grises.

Hasta que al fin, doña Luz cansada de tantas idas y vueltas decidió arreglárselas sola. Hablaría con Rocío y tal vez juntas podrían resolver el problema.

—¡Ahh! pero te debo decir que hasta ese momento, el hada Rocío no había hablado con nadie sobre lo que le pasaba ¡Le daba vergüenza! Por supuesto que estaba equivocada, pero... le daba vergüenza.

Lo cierto es que el Hada que se hacía pis y doña Luz se encontraron para hablar.

Hablaron mucho, mucho, mucho y Rocío ¡Oh sorpresa!, empezó a mejorar y mejorar y mejorar, hasta que un día no se hizo más la pis en la cama.

—¿De qué hablaron?

—Ahh, eso sí que no sé.

¿Y a vos qué te parece de qué habrán hablado...?

Averiguá. Tratá de averiguarlo...

¿Te animás...?



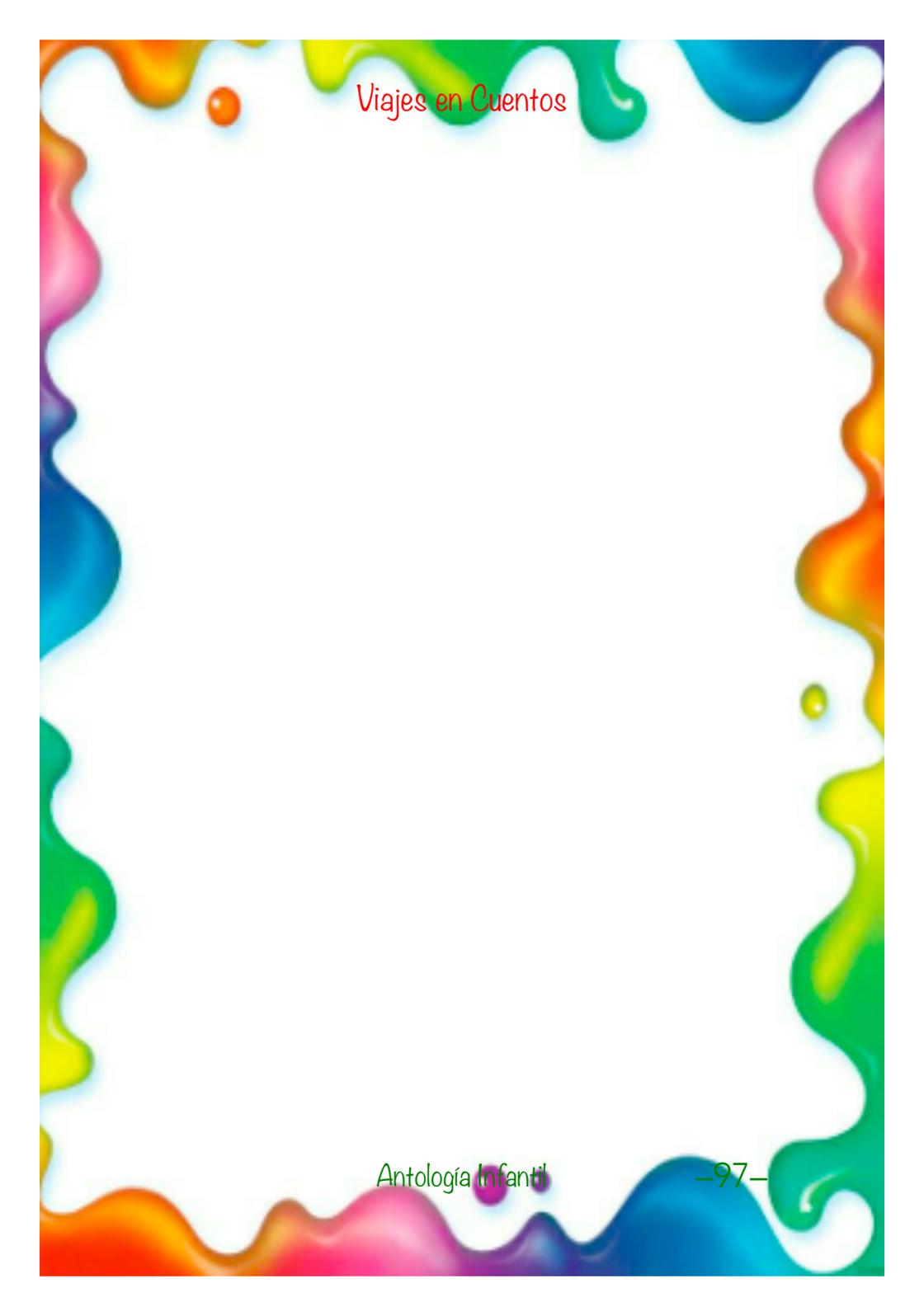
## ÍNDICE

---

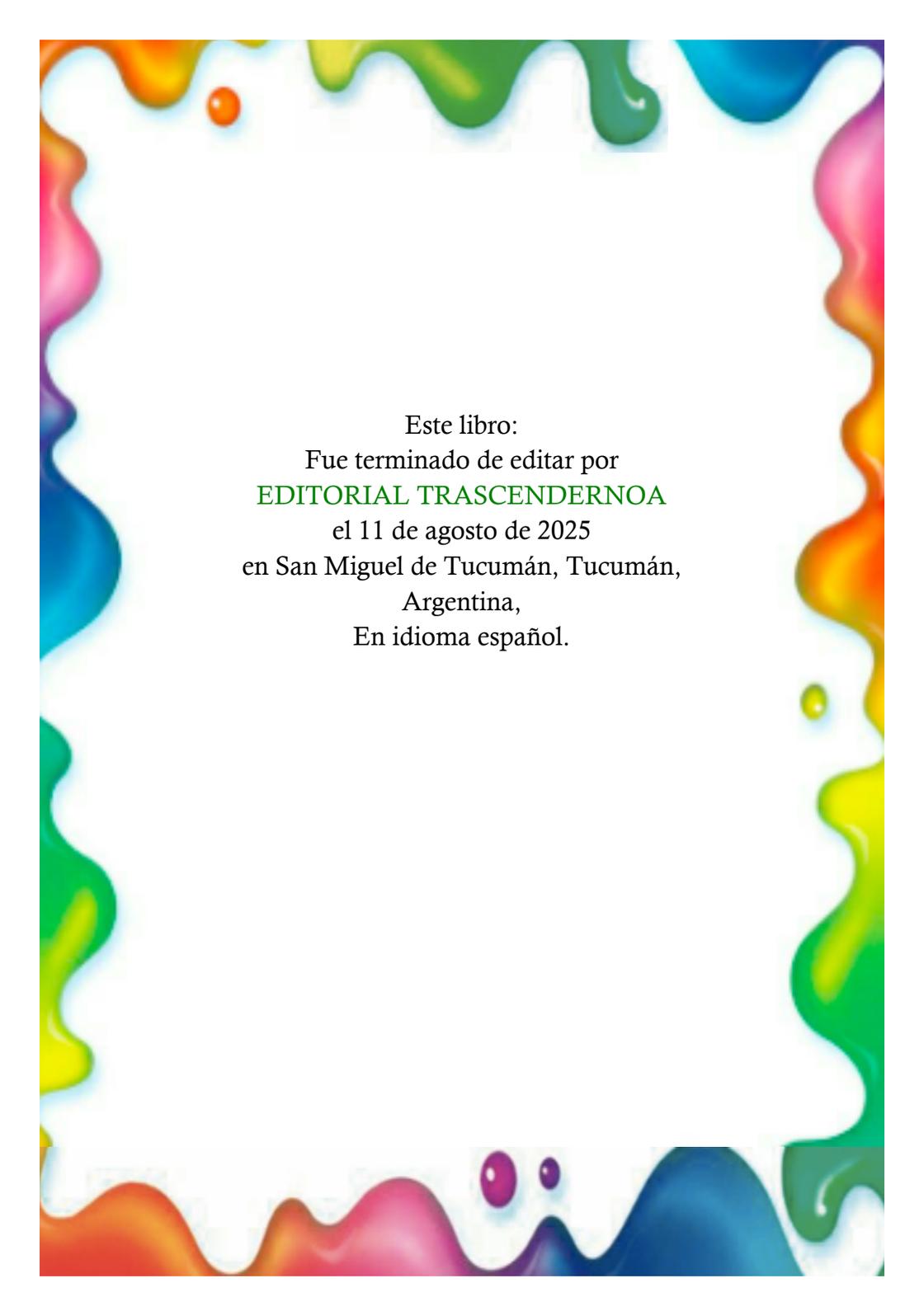
PREFACIO	07
Honoría Zelaya de Nader	
EL COLIBRÍ	09
Griselda Aguilar	
SAMUEL, EL CONEJO	13
Marx Bauzá	
EL TROMPO DEL TIEMPO	16
Alejandra Burzac Saenz	
EL BOSQUE DE LA CONEXIÓN	22
Elba Susana Juárez	
BAUTISTA	26
LUISANNA	27
BENICIO	29
Sergio Gabriel Lizárraga	

## Viajes en Cuentos

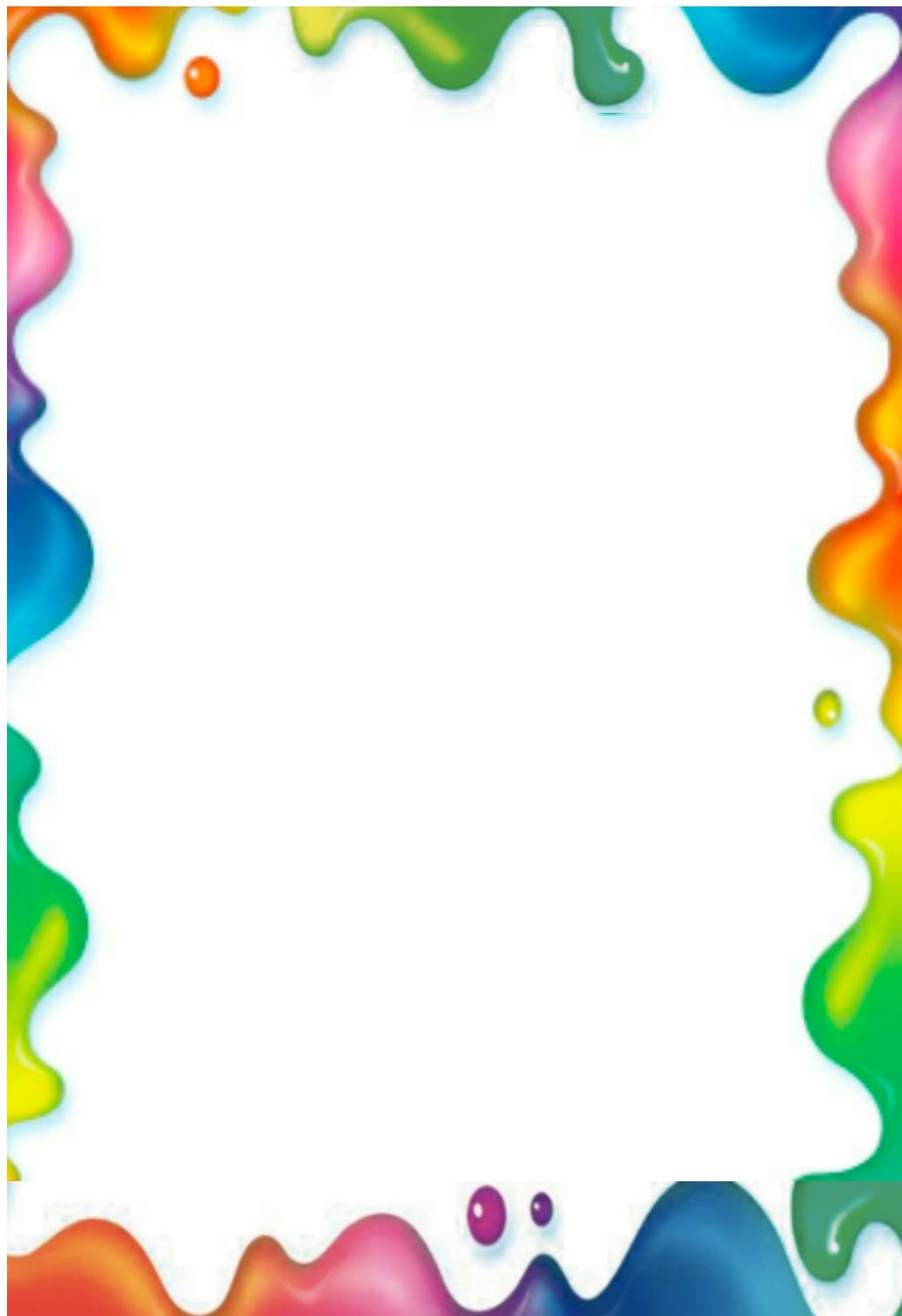
LA LAGUNA DEL TESORO I	31
Olga Martínez	
SOLITA, EN EL EDÉN	34
Melina Moisé	
EL HOMBRE FALLA	39
Juan Carlos Mon	
SEÑORA ORUGA	45
Leticia Mure	
XIXU Y SUS AVENTURAS	49
Teresa Oviedo Paliza	
BAMBÚ	56
Jorge Perea	
NUESTRO AMIGO, EL RULI	62
Miriam Persiani de Santamarina	
ZURRU	66
Mari Betti Pereyra de Facchini	
ABRACADABRA	73
LA ÚLTIMA ESTACIÓN	79
Estela Porta	
LA IRA	84
Alejandro Rivas	
UNA GRAN VISITA	87
EL HADA QUE MOJABA LA CAMA	91
Honoría Zelaya de Nader	



Viajes en Cuentos



Este libro:  
Fue terminado de editar por  
**EDITORIAL TRASCENDERNOA**  
el 11 de agosto de 2025  
en San Miguel de Tucumán, Tucumán,  
Argentina,  
En idioma español.





Editorial  
Trascendernoa

## Viajes en Cuentos

Antología Infantil

# 2025



¿Te gusta viajar?

En este día del niño te proponemos un viaje diferente, en lugar de ir en auto, en avión, en barco o bicicleta, te vamos a hacer viajar en Cuentos.

Hay 15 cuentos que te van a llevar de un lado al otro, desde tu silla, tu sillón favorito, en tu cama o en el parque a través de los personajes y las situaciones que viven.

¡¡Te llevamos gratis!!

No te los pierdas!!

Alejandra Burzac Saenz

ISBN 978-987-4981-53-0



9 789874 981530

